

Jiménez Torrecillas, el viaje de vuelta

Ricardo Hernández Soriano

Recibido 2015.06.30 :: Aceptado 2015.07.05
DOI: 10.5821/palimpsesto.13.4643

Antonio Jiménez Torrecillas nos dejó prematuramente a los 52 años el pasado 16 de junio, generando un profundo dolor en la sociedad granadina que no atenúa el unánime reconocimiento a su figura por parte de arquitectos, profesores y alumnos de la Escuela de Arquitectura. El duelo, agravado por la juventud de una Escuela necesitada de liderazgo, anuncia el dramático epílogo de una trayectoria profesional coherente y lúcida, así como el anticipado final de un magisterio impartido sin dogmatizar y transmitido sin imposturas.

Antonio llegó a la docencia desde el ejercicio de la arquitectura, a base de ideas construidas que alimentaron su vocación docente y ratificaron su compromiso compartido con la profesión, la enseñanza y la cultura. Titulado en 1988, no accedió a la Escuela hasta 2003, cuando ya había concluido el Museo Guerrero y trabajaba en importantes proyectos patrimoniales; siempre entendió la docencia como un modo de crecimiento personal que aplazó hasta alcanzar una cierta madurez profesional y tras haber completado su formación desde la experiencia enriquecedora del viaje.

Su tesis doctoral leída en 2006, *El viaje de vuelta*, culmina con una invitación al viaje en el entorno de la vega de Granada para captar la autenticidad de los secaderos de tabaco aprendiendo la manera de acopiarse los materiales, de aplicarse los revestimientos y de canalizarse la luz. Toda su fértil producción arquitectónica posterior gravitará en torno a estas inquietudes, descubriendo desde la obra construida cómo la cultura popular, leída desde la contemporaneidad, aprende a trazar nuevos caminos.

El Museo Guerrero (1991-2000) provoca un recorrido ascensional que hilvana las distintas salas expositivas poniendo en valor las trazas estructurales de un edificio de 1892 para culminar en un privilegiado mirador en una ciudad fuertemente arraigada al paisaje. Y anticipa una actitud positiva frente al patrimonio, reconociendo lo colectivo como lugar común de encuentro y proponiendo la contemporaneidad como aportación necesaria en el discurso del tiempo. El mirador se posa sobre una cama de grava que recuerda la rasante original del inmueble y se reviste de una piel de piezas de mármol Sierra Elvira de geometría precisa apiladas con rigor artesanal.

Titulado en 1988, no accedió a la Escuela hasta 2003, cuando ya trabajaba en importantes proyectos patrimoniales; siempre entendió la docencia como un modo de crecimiento personal que aplazó hasta alcanzar una cierta madurez profesional y tras haber completado su formación desde la experiencia enriquecedora del viaje.

Los encargos patrimoniales de la primera década del siglo XXI se enriquecen de su labor docente, que le permite estructurar un discurso de valoración de lo popular como manifestación ajena a cualquier artificio o experimento que no priorice lo necesario. Será en la atención a la honestidad táctil del material y a las exigencias de su expresión donde encontrará el mecanismo de producción de la forma arquitectónica. El vidrio de la tienda Dal Bat (2002-2006), la madera del Pósito y la Torre del Homenaje de Huéscar (1998-2006), las lajas de granito de la Muralla Nazarí de Granada (2002-2006) y del frustrado aparcamiento del hotel Alhambra Palace o las piezas de contrachapado de los miradores para el Día Mundial de la Arquitectura 2004 expresan la emoción de las texturas desde la repetición,

matizan transparencias o veladuras desde la convivencia de piezas iguales y pautadas e inventan nuevas posibilidades de combinatoria sin recurrir a elementos ajenos.

Partiendo de la enseñanza de los modos de apilamiento de la arquitectura popular, la arquitectura de Jiménez Torrecillas es formalmente moderna: opera dentro de una técnica que lleva hasta el límite las posibilidades de la materia y encuentra formas no preconcebidas que surgen como expresión directa del trabajo moderno. A través de estos mecanismos que protagonizan la búsqueda de la forma arquitectónica no hay lugar para la monotonía, la reiteración potencia la expresión, la seriación refuerza la materialidad y el material se convierte en verdadera sustancia del hecho espacial.

Las intervenciones sobre el Palacio de Carlos V para adaptación de la planta primera a Museo de Bellas Artes (1999-2006) y para la ubicación de un ascensor (2006-2014) ponen en valor las fábricas intemporales de Machuca, ya desde la superposición de una piel interior que acota la escala museística y aloja sus requerimientos técnicos sin renunciar a la luz natural, ya desde la construcción de una cabina transparente en el triángulo curvilíneo suroccidental que permite leer en su pedagógica ascensión la planta ideal renacentista y la sección constructiva del Palacio.

Queda como obra póstuma, prácticamente concluida, la estación de metro Alcázar Genil, donde el hallazgo de los restos de un Albergón almohade obligó a una reconversión de la estación para permitir el paso del metro por debajo, integrando la alberca recuperada en el ámbito público visitable. Los muros se han mantenido en su cota original, calzándose bajo sus cimientos mediante arcos escarzanos hormigonados sobre la propia tierra de cimentación. Los pilotes laterales, despojados del revestimiento previsto, subrayan en su textura áspera y honesta la importancia de los distintos planos horizontales y en su reiteración, bajo la luz natural, parecen explicar la estación desde una dócil contemporaneidad.

Antonio era excepcional, desinteresadamente generoso. Aún sabiendo próxima su muerte, nos dio lecciones de vida, de amistad y de pasión por la arquitectura. En



▲ Estación Alcázar Genil

En todas sus obras, peones, oficiales, encargados y jefes de obra parecían apresados por la idea, cómplices de un entusiasmo que convertía cada proyecto de Jiménez Torrecillas en objetivo común. Los ajustes económicos se aplazan, el empeño profesional se acentúa, la dedicación se convierte en implicación, la idea se convierte en un sueño.

todas sus obras, peones, oficiales, encargados y jefes de obra parecían apresados por la idea, cómplices de un entusiasmo que convertía cada proyecto de Jiménez Torrecillas en objetivo común. Los ajustes económicos se aplazan, el empeño profesional se acentúa, la dedicación se convierte en implicación, la idea se convierte en un sueño.

Le traicionó el tiempo, su más fiel aliado, el hilo conductor de una arquitectura más preocupada en transmitir que en heredar. No pudo concluir su Viaje de vuelta, ese en el que todos nos reconocemos como parte de una identidad común con vocación de mantener activo el discurso de la continuidad. Pero el silencio que suceda al paso del tren no será en la estación Alcázar Genil un silencio convencional, sino un silencio activo. Será la estación término, la referencia, la última lección de quien encontró en la exploración de lo próximo los argumentos para convertir la contemporaneidad en el lugar de salida y de llegada de aquel viaje inconcluso.

RICARDO HERNÁNDEZ SORIANO es Doctor Arquitecto y profesor del Área de Composición de la Escuela de Arquitectura de Granada. Miembro del Grupo de Investigación "Arquitectura y Cultura Contemporánea" y responsable en Granada del registro de Arquitectura Docomomo Ibérico.